

La Moral y las Costumbres en el Control Social *

*Por Alfred McCLUNG LEE.—
Profesor de Sociología en la Uni-
versidad de Wayne, Detroit, Ill.
Michigan, U. S. A.—Colabora-
ción especial para la Revista Me-
xicana de Sociología.—Traduc-
ción de Angela Müller Montiel.*

LAS definiciones de los términos “convenciones” y “moral”, “usos” y “costumbres” y del alcance de control que ejercen estos conceptos sobre la conducta social, de grupo e individual, han variado grandemente en el lenguaje sociológico, durante los últimos cuarenta años. De hecho, aún el defensor de las expresiones “usos” y “costumbres” como términos sociológicos, W. G. Sumner,¹ deja sin contestar, por lo menos, tantas cuestiones como las que ostentan una respuesta provisional. Su definición y uso de los términos deja también mucho que desear en cuanto a consistencia.

Sumner² dice que un uso es “un hábito para cada miembro de la comunidad, y una costumbre para la sociedad o grupo. Tiene la fuerza del

* (En la preparación de este artículo el autor ha tenido la fortuna de contar con los comentarios críticos y con las sugerencias de sus colegas del Departamento de Sociología, especialmente de las siguientes personas: Profesores Maude Fiero, Frank E. Hartung, Norman Daymond Humprey, Edward C. Jandy, Donald C. Marsh y Melvin Tumin, a los cuales hace presente su agradecimiento.)

1 *Folkways: A Study of the Sociological Importance of Usages, Manners, Customs, Mores, and Morals* (Boston: Ginn and Company, 1907; copia 1906), capítulos 1 y 2.

2 “Las Costumbres del Presente y del Futuro” (1909) pp. 149-64, en la edición de A. G. Keller, *War and Other Essays by William Graham Sumner* (New Haven: Yale University Press, 1911), pp. 149-50.

hábito y de la costumbre y es sostenido por la tradición”. Así pues, un uso puede considerarse como una abstracción sintética, una construcción social o un tipo norma, derivado de la conducta relativamente similar (verbal o de otra clase) exhibida en presencia de estímulos similares por miembros de un grupo o de un número de grupos dentro de una sociedad.

Ciertos usos, se revisten además de una opinión moral, es decir “de la opinión general de que dicho uso es conveniente para el bienestar de la sociedad”. A estos usos es a lo que Sumner llama costumbres. En otras palabras, como afirma Sumner³ en otra parte, los usos se convierten en leyes consuetudinarias “cuando incluyen un juicio, según el cual, son favorables al bienestar general, por lo cual ejercen una coerción sobre el individuo para adaptarlo a ellas, aunque no estén coordinadas por ninguna autoridad”. Para hacer resaltar la naturaleza compulsiva de las leyes consuetudinarias Sumner⁴ agrega que “las costumbres son ritos sociales en los cuales todos participan inconscientemente . . . Para la gran masa de la humanidad respecto a todas las cosas, y para todos nosotros, sobre muchas cosas, basta como regla general, la que adoptan todos”.

O, como dicen E. W. Burgess y R. E. Park:⁵ “Bajo la influencia de las leyes consuetudinarias los hombres actúan típica y representativamente, no como individuos, sino como miembros del grupo”.

En vista de la automática adherencia de los individuos a las normas de conducta semejantes a las que Sumner llama usos y leyes consuetudinarias, a primera vista podríamos suponer que establecería una diferenciación entre dichos conceptos y las normas más generales e idealizadas llamadas convenciones y moral. Esta anticipación se ve reforzada por la aparición de los conceptos de leyes consuetudinarias y moral en el subtítulo de su libro *Folkways*. Pero al ir leyendo la obra nos damos cuenta de que Sumner se contenta con rechazar el término moral, como científico. En la obra *Folkways*, se dice que el propósito del autor ha sido “libertar al concepto de costumbre de . . . un sentido vago e intangible . . . Resultó necesario adoptar los términos ‘usos’ y ‘leyes consuetudinarias’ para designar los usos sociales y las tradiciones, con objeto de evitar las

3 *Folkways*, p. iii. Cf. *ibid.*, pp. 2-3, 30, 33-8 et *passim*.

4 *Ibid.*, p. 62.

5 *Introduction to the Science of Sociology* (Imprenta de la Universidad de Chicago, 1924), p. 30.

vagas connotaciones que acompañan a los términos más familiares".⁶ Sumner⁷ cree que "la filosofía y la ética son producto de los usos populares. Han surgido de las leyes consuetudinarias, pero no son nunca originales ni creadores, son secundarios y derivados. A menudo chocan en la segunda parte de la secuencia acto —pensamiento— acto".

Al no establecer distinción entre la concepción que bien podría denominarse moral y la que él llama ley consuetudinaria, Sumner permite que su empleo de la última concepción caiga en las mismas vaguedades que acompañan al término moral.⁸ El término moral se comprende generalmente como algo más idealista y absoluto, pero menos práctico que las leyes consuetudinarias. La confusión originada por esta falta de diferenciación se ve más tarde en forma más clara, al identificar, el discípulo de Sumner, A. G. Keller, a las leyes consuetudinarias con la "moral elemental".⁹ La teoría de Keller¹⁰ es que "la moral es siempre secundaria, pues no es otra cosa que la costumbre que por su duración e importancia real o figurada, se ha hecho positiva y se ha convertido en dogma y regla". Esta identificación de la moral con la costumbre pasa por alto su principal característica: hay un nivel diferente de generalización entre usos y costumbres; como ya se indicará después, las convenciones y la moral son concepciones sociales, mientras que los usos y las costumbres, son construcciones de grupo.

Desde luego que este esquema crítico de la teoría de Sumner sobre los usos y costumbres, es demasiado breve para ser correcto, pero tal vez sirva para aclararnos ciertos conceptos. A medida que se desarrollan las

6 W. G. Sumner y A. G. Keller, *The Science of Society*, (New Haven, Imprenta de la Universidad de Yale, 1927), Vol. I, p. 31.

7 *Follhways*, p. 38.

8 Escritores más recientes, al emplear el término costumbre o leyes consuetudinarias, han sido igualmente vagos, si no es que más, especialmente por lo que se refiere al carácter compulsivo de dichas leyes. Por ejemplo, Kimball Young, en su obra *Sociology: A Study of Society and Culture* (New York, American Book Company 1942) pp. 41-498, es vago en el uso del término costumbres y lo identifica con el "código moral" y la "conducta moral".

9 "Mores" en la edición de H. F. Fairchild, *Dictionary of Sociology*, (New York, Biblioteca Filosófica, 1944), p. 199.

10 *Social Evolution* (New York: The Macmillan Company, edición revisada, 1931), p. 62.

ideas de Sumner, en su obra *Folkways* y en otras¹¹ vemos que se descuidan problemas como el siguiente: aún en las sociedades primitivas, cuya estructura es relativamente simple, ¿los usos y costumbres de los grupos componentes corresponden al mismo orden de generalización de la conducta individual y al mismo orden de imposición sobre dicha conducta que las convenciones y la moral? ¿No hay en muchas, cuando no en todas las sociedades, morales fuera de costumbre y costumbres inmorales? Robert S. Lynd, en su obra *Knowledge for What?*¹² habla de que nuestra cultura contiene “un conjunto de suposiciones contradictorias”, ¿pero, son estas “suposiciones” igualmente contradictorias, cuando se refieren a subculturas de grupo? Ralph Linton, en su obra *The Study of Man*¹³ da gran importancia a las “alternativas culturales”, pero, ¿hasta qué punto estas diferenciaciones dentro de la cultura, ofrecen al individuo una posibilidad real de elegir las normas prácticas convenientes? ¿Cuáles son las consecuencias de dichas relaciones para los individuos, a medida que se mueven temporalmente a través de los diversos grupos de edades y obtienen determinadas situaciones en otros tipos de grupos?

Desde luego que estos problemas no pueden resolverse dentro de los límites de un breve artículo, ni siquiera en forma provisional, pero nos proponemos presentar aquí una rectificación y una integración de varios aspectos de una teoría de la cultura en relación con el control social, que pueda servir para el análisis social en el estudio de las situaciones sociales actuales sugeridas por los problemas anteriores. Esta reorientación ha sido necesaria debido a la imposibilidad de verificar la teoría de la cultura de Sumner y de otros, en términos de un análisis social real, sin las modificaciones propuestas.

En la formulación teórica propuesta, se sugiere que la cultura está formada por tres niveles de generalización social de los fenómenos de conducta. Estos son: 1) el nivel individual, definido en términos de una continuidad que va desde las prácticas hasta los hábitos; 2) el nivel de grupo, definido en términos de una continuidad semejante que va desde los usos populares hasta las leyes consuetudinarias y 3) el nivel social, definido

11 En los cuatro volúmenes que contienen la colección de ensayos de Sumner, editados por A. G. Keller: *War and Other Essays*, *Earth Hunger and Other Essays*, *The Challenge of the Facts and Other Essays* y *The Forgotten Man and Other Essays*, (New Haven, imprenta de la Universidad de Yale, 1911, 1913, 1914 y 1919) y W. G. Sumner y A. G. Keller, *The Science of Society*, op. cit., 4 vols.

12 Princeton: Princeton University Press, 1939, p. 62.

13 New York: D. Appleton-Century Company, 1936, pp. 273-4, 278-80.

en términos de otra continuidad que puede ir desde las convenciones hasta la moral.

Estas continuidades, en una sociedad determinada, son consideradas como formadas por elementos relacionados a intereses comparables y que, surgidas de normas aceptadas automáticamente y sin ningún aspecto marcado de imposición social (prácticas, usos y convenciones) llegan hasta convertirse en normas que ejercen una considerable imposición social para su aceptación (hábitos, leyes consuetudinarias y moral). Las normas de conducta de un individuo, miembro de un grupo, que trata con algunos intereses, son más específicas que la típica construcción del grupo: el uso. Las normas individuales tienden a presentar detalles únicos y a desviarse en formas más o menos importantes, de las normas del grupo. Y los usos, a su vez, se adaptan, más o menos estrechamente, al código de convenciones que se ha reconocido como perteneciente a la continuidad convenciones-moral de la sociedad. Así pues, las leyes consuetudinarias de los grupos, pueden ser inmorales y los miembros del grupo explican este juicio a los novicios a través de expresiones como las siguientes: "No seamos ingenuos; es tiempo de que aprendamos lo que es la realidad".

La moral de una sociedad puede también considerarse como contraria a las costumbres, en términos de las leyes consuetudinarias del grupo. Estos dos tipos de relaciones han sido demostrados de tiempo en tiempo por las luchas sobre la llamada medicina social,¹⁴ libertad de palabra,¹⁵ libertad académica¹⁶ y mejoramiento de las relaciones interraciales e interculturales,¹⁷ en los Estados Unidos.

Las convenciones son secundarias, son generalizaciones sociales de los usos de los grupos constituidos a través de un largo período de tiempo y se caracterizan por ser suficientemente vagas para no admitir la controversia. La moral es la convención, derivada, a través de un largo período

14 Instituto for Propaganda Analysis, "Health and the Doctors" *Propaganda Analysis*, IV (1940-42), No. 11, Kingsley Roberts, *Medical Care in Selected Areas of the Appalachian Bituminous Coal Fields* (Bureau of Cooperative Medicine, New York, 1939); and "U. S. Medicine in Transition", *Fortune Magazine*, XXX:6 (Diciembre 1944): 156-63, 184, 186, 188, 190 y 193.

15 Zechariah Chafee, Jr., *Free Speech in the United States* (Cambridge: Harvard University Press, 1941).

16 La actual controversia sobre la situación del Dr. Homer P. Rainey, antiguo presidente de la Universidad de Texas, es ilustrativa. Los representantes de ciertos intereses financieros son los que lo han sacado.

17 Gunnar Myrdal, *An American Dilemma* (New York: Harper & Brothers, 1944), 2 vols.

de tiempo de las leyes consuetudinarias de grupos históricos y contemporáneos y de las tradicionales aspiraciones, fracasos y tendencias ascéticas de la humanidad. En otras palabras, las convenciones son tan ampliamente aceptadas en la sociedad, que se les incluye en las formas de lenguaje y en las maneras sociales. La moral, por otra parte, es un conjunto de generalidades tradicionales referentes al bien, al mal, a los deberes, a los derechos y a los tabúes, sostenido en una sociedad y frecuentemente formalizado en conjunto de mandamientos, códigos éticos o cánones de principios éticos. Todos éstos contienen numerosos elementos de ascetismo y humanitarismo. Dominan las enseñanzas de los vicarios sociales —padres, sacerdotes, maestros—, aunque frecuentemente no concuerden con las costumbres de grupo de dichos vicarios, entonces se aplica el dicho “Haz como te digo y no como yo hago”.

La moral representa la cristalización de las aspiraciones tradicionales de la sociedad, vagamente definidas y canalizadas por las costumbres dominantes del grupo. Especialmente importante para dirigir el superego de los jóvenes¹⁸ y para proporcionar justificaciones rectas, interpretadas en forma diversa y de acuerdo con las conveniencias, a ciertas instituciones sociales, funcionarios y formas de acción.¹⁹

La moral no concuerda necesariamente con las costumbres de los grupos que constituyen la sociedad o con las normas de hábitos conscientes de los individuos. Materias tales como la teología, la ética y la ciencia social

18 El superego, conciencia, o sentido moral “está formado en parte por los juicios morales objetivos y en parte por imposiciones surgidas de las enseñanzas y disciplina de la niñez”, incluyendo “los restos de los fantásticos y exagerados juicios morales de la infancia”. “No es ni completamente racional ni completamente subjetivo e irracional. En parte una cosa, y en parte otra”, E. F. M. Durbin y John Bombly, *Personal Aggressiveness and War* (New York: Columbia University Press, 1939) pp. 18-19. Véase también Sigmund Freud, *The Ego and the Id*, traducción de Juan Riviere (Londres: Hogart Press, 1927).

19 Véase la teoría de la significación de lo “formal” y lo “real” en la obra de James Burnham, *The Machiavellians: Defenders of Freedom* (New York, John Day Company, 1943) especialmente la parte 7. Compárese con las obras de Georges Sorel, *Reflections on Violence*, traducción de T. E. Hulme (New York: Peter Smith, 1941) Robert Michels, *Political Parties*, traducción de Eden y Paul Cedar, (New York: Hearts's International Library Co., 1915); Wilfrido Pareto, *The Mind and Society*, traducción de A. Livingstone y A. Bongiorno (New York: Hartcourt Brace and Co., 1935). Burnham, Sorel, Michels y Pareto, hacen distinciones semejantes sobre las discusiones sostenidas en plan moral y las sostenidas en plan de leyes consuetudinarias, como ya lo hizo mucho antes Nicolás Machiavelli, aunque sus terminologías sean diferentes.

tradicional —no científica— se ocupan, en gran parte, de crear racionalizaciones que pongan de acuerdo la moral y las costumbres del grupo.

Las costumbres, o leyes consuetudinarias, son prácticas, expeditas y forzosas; su contraste con la moral sostenida por la sociedad nos da la medida de lo que se conoce popularmente por hipocresía del grupo.²⁰ Las costumbres y otros usos populares son tan absorbentes, que un miembro adulto del grupo se siente capacitado para tratar la mayoría de los problemas referentes a las relaciones sociales, en términos de las costumbres del grupo a que pertenece, sin necesidad de recurrir a procedimientos más racionales. Una parte del proceso de “madurar” en una sociedad, consiste en acomodar el superego moral a las necesidades de las costumbres que dominan la estructura social del grupo. Sólo en las épocas de desajuste crítico de la sociedad los usos no bastan para producir individuos modelados dentro de sus normas, con reacciones casi automáticas en sus relaciones sociales y con definiciones de “sentido común” sobre lo que hay que hacer. En tiempos de crisis, la perturbación general hace salir a la superficie el carácter absolutista de estas normas tradicionales, la inconsistencia entre las costumbres del grupo y la moral y el trauma ocasionado por tener que enfrentarse a los problemas sociales sin fórmulas preconcebidas y socialmente aprobadas.²¹

En el bosquejo de los tres niveles de cultura presentado anteriormente, la continuidad del nivel individual desde la práctica hasta los hábitos, fué denominada quizás, con términos más arbitrariamente seleccionados que las continuidades de los otros dos niveles (usos-costumbres), para el grupo, y (convenciones-moral) para la sociedad. Al hablar de prácticas se hace referencia a las normas aceptadas por los individuos con muy pequeña o ninguna coerción social. Son las contrapartes individualizadas de los usos y las convenciones, más los resultados de las experiencias individuales particulares, con inferencias, hasta cierto punto únicas o distintas.²² Los

20 Para un análisis de la significación funcional de este choque entre lo que espera la sociedad (convenciones y moral) y los usos y costumbres del grupo, en el caso de la profesión médica, en los Estados Unidos, en esta época, véase el artículo de A. M. Lee, “La Dinámica Social y la Situación de los Médicos”, *Psychiatry*, VII (1944): 371-7.

21 En contraste con el artículo de Thomas D. Eliot, “Morals”, en la edición de H. P. Fairchild, *Dictionary of Sociology*, p. 198.

22 Para un completo análisis de las relaciones de estas normas individuales con las costumbres de clase y de grupo, véase John Dollard, *Caste and Class in a Southern Town* (New Haven, imprenta de la Universidad de Yale, 1935), caps. 5, 17 y 18

hábitos son prácticas cuya aceptación ha sido acompañada por cierta forma de coerción social o de grupo, o por ambas; son contrapartes individualizadas de las costumbres y la moral, más los resultados de las experiencias peculiares individuales, con ciertas inferencias, distintas o únicas. Como estos términos han sido usados aquí en un sentido abiertamente referente a la conducta, el problema de dichas normas son conscientes (funciones del "ego") o subconscientes (funciones del "id") puede o no tener una significación social o de grupo.

Este ensayo de reorientación de una compleja teoría sociológica, requiere amplias ilustraciones que necesitan mucho más espacio del que disponemos. Ofreceremos solamente algunos ejemplos que sirvan para ilustrar la importancia de los cambios sugeridos. Dollard hace notar que "el propósito dominante de nuestra sociedad parece ser reducir a todos sus miembros a la clase media".²³ Esto se debe probablemente a la prolongada adolescencia que va unida a los "progresos" de las costumbres de la gente de la clase media y a su concomitante necesidad de alargar el período de preparación de sus hijos. Como las enseñanzas sociales que se imparten a los niños, tanto en el hogar como en la escuela, están más dominadas por la moral social que por las costumbres más simples de un determinado grupo, y como las costumbres de la clase media están racionalmente identificadas con la moral social, a pesar de sus contradicciones, se impone en esta forma la moral practicada por la gente de la clase media. Su predominio en la educación, la religión y otras materias cívicas, les da la oportunidad, especialmente en los Estados Unidos, de extender sus características de clase a otros grupos y otras clases.

Una frase que ilustra las características de los tres niveles de cultura es "Honestidad es la mejor política", un dogma de la moral americana. El grupo comerciante modifica esta frase diciendo: "La honestidad es la mejor política, pero los negocios son los negocios." Las costumbres del grupo trabajador la modifican también en esta forma: "La honestidad es la mejor política, pero el trabajador sería un tonto si no buscara su mejoría."

Adaptaciones semejantes se han hecho por casi todos los grupos sociales, ya se clasifiquen por su edad, su profesión, su actividad o cualesquiera

y Leonard W. Doob: "Pobres blancos, una clase fracasada", pp. 445-84, y Leo W. Simmonds, *Sun Chief*, (New Haven, Imprenta de la Universidad de Yale, 1942).

23 John Dollard, *Caste and Class in a Southern Town*, p. 431; véase también otra obra de Dollard, *Criterion for the Life History* (New Haven, Imprenta de la Universidad de Yale, 1935, especialmente el cap. II.

otras diferencias o intereses. La adaptación individual a este principio, toma, más o menos, esta forma: “La honestidad es la mejor política y las costumbres comerciales están muy bien, pero en *este* caso, debo mayor lealtad a mi familia y a mí mismo”, una racionalización que a veces conduce hasta la prisión y que se presta a sacar fascinadoras conclusiones, a muchas formas de criminalidad.

Aunque estas sugerencias teoréticas han sido presentadas con suma gravedad, esperamos que sirvan para indicar una orientación práctica a la teoría de la cultura, a fin de que responda a las demandas clínicas de los psiquiatras y de los estudiantes de la estructura y dinámica social y de que resuelva, por lo menos en parte, la necesidad de una base más adecuada para la integración de teorías psiquiatras, social-psicológicas y sociales.

El Autor

ALFRED McCLUNGE LEE (B. A. 1927, M. A. 1931 Universidad de Pittsburgh, Ph. D. 1933, Universidad de Yale) es profesor de Sociología, encargado del Departamento y director de los colegios de estudiantes no graduados en trabajo social en la Universidad de Wayne, Detroit. Es también director del Instituto para el Análisis de la Propaganda y ha sido miembro de las facultades de la Universidad de Kansas, de la Universidad de Yale y de la Universidad de Nueva York. Además de los artículos aparecidos en publicaciones tales como la *American Sociological Review*, la *American Journal of Sociology*, la *Saturday Review of Literature*, la *Public Opinion Quarterly*, el *Annals of the American Academy of Political and Social Science* y *Psychiatry*, el doctor Lee ha escrito los siguientes libros: *The Daily Newspaper in America* (1937), *Le conflict sur la liberté de la presse aux Etats Unis d'Amérique* (1938), *The Fine Art of Propaganda* (en colaboración con la doctora Elizabeth Briant Lee, 1939) y *Race Riot* (en colaboración con Norman Daymond Humphrey, 1943).